

Su celo va hasta querer sufrir por los otros y sobre todo por aquellos que se hallan á su cargo, y para los que él habrá podido ser una piedra de tropiezo y de escándalo.

Gaudeo in passionibus pro vobis. (Coloss. 1, 24).

En fin, mirándose siempre como un miembro de Jesucristo penitente, no tiene deseo más grande que el de corresponder á la sed inmensa que su divino Jefe sufre en su cuerpo místico, no siendo menor que aquella que sufrió en su cuerpo natural; y él se complace de ponerse en estado de poder decir con el Apóstol: «Yo cumplo en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo:» *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.* (Ibid.).

Examinemos por todas estas señales si tenemos nosotros el espíritu de penitencia.

TERCER PUNTO.

Dios mio, despues que Vos habeis sido tratado como si fuéreis un criminal y un pecador, ¿osaria yo tratarme como si fuese inocente y no os hubiese jamás disgustado? No sufrais que yo caiga en un tal desarreglo; llenadme de vuestro espíritu de penitencia, y haced que tenga siempre delante de mis ojos el dolor y los castigos que merecen mis pecados, y yo pueda así,

á ejemplo del Profeta, satisfacer sin cesar á vuestra justicia: *Iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper.* (Psalm. L).

DE LA OBEDIENCIA.

PRIMER EXÁMEN.

De la estima y del amor que debemos tener á la obediencia.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, lleno de amor y de estimacion á la obediencia. Esta virtud es la que le hizo descender del cielo y venir al mundo: *Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam* (Hebr. c. LVIII); la que ha sido durante toda su vida su más sólido alimento: *Cibus meus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me* (Joan. IV), y en la cual ha encontrado tantos atractivos y gracias, que ni la muerte misma pudo separarle de ella. *Ita pater, quoniam sic placitum est ante te.* ¿No era necesario que la obediencia fuese una virtud muy preciosa y muy cara, puesto que antes que faltar á ella haya querido El perder la vida? *Dedit vitam ne perderet obedientiam.* (S. Bern. Declam. ad milites templi, c. 15).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos tenido por la obediencia toda la estimacion y todo el amor que merece una virtud tan excelente, tan útil y necesaria.

1. ¿Hemos nosotros estimado con los Santos que ella viene á ser el compendio de todas las virtudes, y como su origen, su madre y su custodia? *Origo, mater, custosque virtutum.* (S. Aug. l. 14 de Civ.).

¿Qué ella es esa senda segura, ese camino real que Jesucristo nos ha trazado por su ejemplo, lejos del cual no se puede llegar á la salvacion? *Factus est omnibus optemperantibus sibi causa salutis æternæ.* (Hebr. v).

2. ¿Hemos estado persuadidos de su utilidad, en el pensamiento de que el verdadero obediente está siempre en paz, siempre contento, siempre victorioso? *Vir obediens loquetur victoriam.* (Prov. c. XXI).

¿Que es como impecable, y dispuesto á comparecer en todo momento y sin temor ante el juicio de Dios? *Mortem ut somnum, imo ut vitam quotidie intrepidus expectat.*

¿Que él tiene, por medio de esta virtud, la ventaja de estar aliado á Jesucristo, y con una alianza la más estrecha que se puede encontrar en este mundo? Este es,

dice El mismo refiriéndose al obediente, mi hermano, mi hermana y mi madre: *Ipse enim meus frater, et soror, et mater est.* (Matth. XII, 50).

3. ¿Hemos creído que ella es de una necesidad indispensable y de una obligacion estricta y de la que ningun cristiano puede dispensarse, despues que el mismo Señor nuestro se sujetó á ella?

¿Que sin la obediencia las oraciones, los ayunos y todas las obras buenas no pueden ser agradables á Dios? *Qui facit voluntatem Patris mei qui in cælis est, ipse intrabit in regnum cælorum.* (Matthæi, VII).

¿Que ella sola, en una palabra, nos puede hacer evitar el infierno y ponernos en posesion del paraíso? *Tolle propriam voluntatem, et infernus non erit.* (S. Bern. Serm. de Resur.).

TERCER PUNTO.

Dios mio, el fin que vuestro muy querido Hijo se propuso al venir al mundo, muestra bien la estima que El tiene por la obediencia. «Hé aquí, os dice El, que Yo vengo para cumplir vuestra voluntad:» *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam.* Que yo entre, os ruego, en estos mismos sentimientos, y me mantenga bien convencido de esta gran verdad, que la obediencia va-

le más que el sacrificio: *Melior est obedientia quam victimæ; et auscultare magis quam offerre adipem arietum.* (I Reg. xv).

SEGUNDO EXÁMEN.

De la práctica y del ejercicio de esta virtud de la obediencia.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Jesucristo, Rey de los reyes y soberano Monarca del mundo, haciéndose obediente hasta la muerte: *Factus obediens usque ad mortem.* El obedece no solamente á su Padre, mas tambien á la santísima Vírgen y á san José, y áun á los judíos y á los gentiles, en el tiempo mismo en que estos desgraciados le trataban muy cruelmente y le quitaban la vida. ¡Oh admirable obediencia, cuánto merece ser honrada é imitada de todos los hombres!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos practicado la obediencia tanto quanto á ella estamos obligados.

1. ¿Hemos obedecido á Dios abandonándonos á El en todas las cosas, sometiéndonos á las órdenes de su Providencia y cumpliendo todas sus voluntades que nos son conocidas, sea por sus manda-

mientos, sea por sus consejos ó por sus inspiraciones?

2. ¿Hemos obedecido á la Iglesia y á los superiores eclesiásticos por una fiel observancia de los santos cánones y de todas las leyes que ellos santamente han establecido, y las que en particular se contraen á nuestro estado; como de llevar puesta siempre la sotana, los cabellos cortos y la tonsura, de no ir á la caza, de abstenerse de los juegos y de los festines, de evitar los espectáculos y las asambleas públicas?

3. ¿Hemos obedecido á nuestros superiores y directores particulares, estando prontos á tomar y seguir con fidelidad sus avisos para sujetar nuestras pasiones, para establecernos en las virtudes, para adelantarnos en la perfeccion, y en una palabra para el buen éxito en orden al negocio de nuestra salvacion?

4. ¿Hemos obedecido los reglamentos de la comunidad á que pertenecemos, no queriendo en este particular privilegio alguno, ni alegando vanos pretextos para excepcionarnos, ni dispensándonos jamás de ellos sino por necesidad y con permiso?

5. ¿Hemos obedecido á los superiores civiles y temporales; y mirándoles como revestidos de la autoridad de Dios sobre nosotros, hemos observado exactamente sus leyes? ¿Nos hemos mostrado sumisos

á sus ordenanzas? ¿Hemos aceptado sin murmurar sus mandatos?

6. ¿Hemos obedecido al prójimo, considerando á todos nuestros hermanos como nuestros superiores; les hemos prevenido en sus deseos tanto cuanto ha sido posible? ¿Nos hemos dejado llevar de los movimientos de la caridad, que quiere que nos hagamos fáciles á otorgarles todo lo que nos demandan razonablemente? *In obedientia charitatis, in fraternitatis amore.*

En fin, ¿hemos obedecido á todas las criaturas, doblegándonos bajo ellas y bajo su yugo, y á ellas sujetándonos en concepto de instrumentos de que Dios se sirve para cumplir sus designios? *Subjecti estote, dice san Pedro, omni creature propter Deum.* (1 Petr. 13).

TERCER PUNTO.

Dios mio, el ejemplo y la dicha de san Dositeo debiera excitarnos mucho á la práctica de la obediencia. El habia obedecido cinco años solamente en el cuidado de los enfermos que le habian sido encargados, y Vos le elevásteis por esto á la gloria de los grandes solitarios san Pablo y san Antonio. Yo me consagro enteramente, oh Dios mio, á esta virtud; á fin de que, no haciendo lo que yo quiero, y obrando, en cuanto me sea permitido, segun la voluntad ajena, yo participe un

dia de la felicidad de este perfecto obediente: *Qui brevi tempore atque adeo compendiosa via, pro sua dumtaxat obedientie indiscussa observatione, ad Deum pervenire promeruit.* (A non. B. Dorot. *Disc. in elog. B. Dorot. et Dos.*).

TERCER EXÁMEN.

De algunas otras prácticas más particulares de esta virtud de la obediencia.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor enseñándonos á obedecer por el ejemplo que El nos ha dado de una continua y perfecta obediencia hácia su Padre: *Quæ placita sunt ei facio semper.* Admiremos su bondad que áun en esto manifiesta para nosotros, y rindámosle mil acciones de gracias de haberse mostrado tan obediente para transmitir á nosotros esta virtud, que sabia nos debia ser un manantial de salvacion: *Suscipit ipse obedientiam, ut eam nobis transfunderet, et causa fieret nobis salutis æternæ.* (S. Ambr. *in Psal. LXI.*)

SEGUNDO PUNTO.

Aquellos que están bien penetrados del espíritu de obediencia, buscan con ardor las ocasiones de obedecer, y aprovechan cuidadosamente todas las que se presentan.

Ellos desean estar alejados de los cargos y de los empleos destinados á mandar; y si alguna vez los aceptan, no lo hacen sino con violencia y para obedecer á órdenes superiores.

Ellos huyen como de una gran desgracia ese género de vida en que desde la mañana hasta la noche no se hace sino lo que se quiere, y no pueden comprender cómo pueden abrazar esa vida los cristianos que saben que su salvacion está adherida á la obediencia.

Nada temen ellos tanto como hacer su propia voluntad, y no osarian determinarse por sí mismos á la ejecucion de una cosa de alguna importancia, si no media la necesidad, y cuando carecen de una persona cuyos avisos pudieran seguir.

Si están obligados á vivir solos y en particular, tienen cuidado de regirse por un reglamento bajo el cual puedan cautivar su voluntad y practicar la obediencia.

Ellos aspiran á morar en una comunidad, porque allí se vive en la sumision y en la dependencia, y se encuentra la ventaja de poder siempre obedecer.

Ellos no murmuran contra sus superiores, ni se quejan jamás de los mandatos que se les imponen, por difíciles que parezcan y por opuestos que sean á sus inclinaciones.

Ellos son para esos superiores como los

hijos para sus padres, como los discípulos para sus maestros por la sumision; y no les obedecen sino como á Dios mismo, á quien ellos representan en sus personas.

En fin, nada es para ellos más odioso que la desobediencia, que miran como un grande crimen; y huyen de ella como origen de todos los males, y la conceptúan como la pasion más mortífera del alma: *Quasi peccatum ariolandi est, repugnare; et quasi scelus idololatriæ, nolle acquiescere.* (I Reg. c. xv, 23).

Examinemos si nosotros hemos sido fieles á estas prácticas de obediencia.

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¿cómo rehusaríamos nosotros obedecer á los hombres por nuestro amor, pues que Vos mismo habeis querido obedecerles por amor de nosotros? Esto es lo que me hace resolver de vivir y de morir en la práctica de la obediencia. Bendecid, oh mi Dios, esta resolucion, á fin de que yo, sobreponiéndome á todas las penas que en esto pueda encontrar, no me exponga á perder vuestra gracia perdiendo la obediencia: *Qui se subtrahere nititur ab obedientia, ipse se subtrahit à gratia.* (De Imit. Chr. l. 3, c. XIII).

CUARTO EXÁMEN.

De la manera como se ha de obedecer.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor comunicando su espíritu de obediencia á la santísima Vírgen, llenándola de las disposiciones con que El mismo practicó esta virtud. Ella obedeció, dice san Bernardino, con un amor, un gusto y una prontitud admirable: *Corde volenti, letante facie, veloci opere*. Agradecemoslo á nuestro Señor, regocijémonos con la santísima Vírgen, y ofrezcamos al Padre eterno todos los motivos de la complacencia que El encuentra en la obediencia de su amado Hijo y de su privilegiada Esposa.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos por las cualidades que debe tener la obediencia si es defectuosa la nuestra.

1. La obediencia para ser perfecta debe ser *universal*; ella quiere que se obedezca *en todo tiempo*, en una edad más avanzada lo mismo que en la infancia: *en todo lugar*, lo mismo en el mundo que en una casa religiosa: *en todas las cosas*, del mismo modo en las difíciles que en las que ofrecen facilidad.

2. Ella debe ser *alegre y gustosa*, sin tristeza, sin enfado, sin murmuracion, sin contrariedad, de suerte que parezca que viene libremente del corazón: esto da al superior una grande libertad para mandar, y al inferior facilidad completa para ejecutar lo mandado.

3. *Debe ser pura*, cumpliéndose lo que se ordena, no por humano respeto, ni por un temor servil ó por consideraciones de interés; sino solamente con la mira en Dios que ella considera en los superiores, y á quien solo intenta agradar.

4. Ella debe ser *pronta*, no sabiendo lo que es diferir lo mandado: jamás lo remite para mañana, ni lo retarda un solo momento; y su fidelidad es tal que va siempre delante, si así puede decirse, de los mandatos que recibe.

Fidelis obediens nescit moras, fugit crastinum, ignorat tarditatem, præcipit præcipientem, parat oculos visui, aures auditui, linguam voci, manus operi, itineri pedes: totum se colligit, ut imperantis colligat voluntatem. (S. Bern. *De vir. obed.*).

En fin, ella está *siempre presta* á ver, á oír, á decir, á hacer todo lo que se previene, y á cumplir en todos los sentidos lo que de ella se desea.

Examinemos si es de esta manera como obedecemos nosotros, y si falta á nuestra obediencia alguna de estas cualidades.

TERCER PUNTO.

¡Dios mio, yo me estimaria dichoso de imitar á Jesús, que con paso de gigante descendió á la tierra de lo más alto de los cielos, para correr por los senderos de la obediencia! Haced, oh soberana Bondad, que yo le siga en su curso, y que obedezca en todo con prontitud. *Exultavit ut gigas ad currendam viam, à summo cælo egressio ejus.* (Psalm. XVIII).

QUINTO EXÁMEN.

De la obediencia ciega.

PRIMER PUNTO.

Admiremos á nuestro Señor llenando á la santísima Virgen y á san José de una ciega y perfecta obediencia. Se les ordena ir á Belen, y obedecen sin razonar el mandato de un emperador idólatra. Un Angel les ordena ir á Egipto, y parten en la misma hora, sin informarse de nada. Ese mismo Angel les avisa de volver á la tierra de Israel, y regresan á ella al punto, sin pensar en otra cosa que en obedecer. ¡Oh hermoso ejemplo de obediencia ciega!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos tenido esta obediencia ciega, recomendada por todos los Santos.

Ellos dicen que esta obediencia consiste en obedecer igualmente á todos nuestros superiores, sin hacer diferencia alguna de talentos, de condiciones ni de personas; sin razonar sobre lo que ellos mandan, y sin ponerse en cuidados por los medios de cumplirlo. ¿Hemos nosotros obedecido de esta suerte?

1. ¿No hemos tenido repugnancia de obedecer á nuestros superiores cuando nos hemos imaginado que no tenian bastante espíritu, ni prudencia, ni capacidad?

¿No hemos sido más ó menos obedientes, segun que ellos eran más ó menos elevados en nacimiento ó en dignidad?

Cuando los mandatos son difíciles ó los hemos conceptuado no proceder sino de un humor exaltado y austero, ¿nos hemos mostrado igualmente sumisos que cuando esos mandatos procedian de un carácter dulce y nos eran propuestos de una manera más persuasiva?

2. Cuando hemos ejecutado lo que se nos manda, ¿hemos sujetado nuestro juicio lo mismo que nuestra voluntad al juicio y á la voluntad de nuestros superiores?

¿No hemos creído algunas veces que lo

que ellos nos mandaban estaba desprovisto de razon y no nos era en manera alguna conveniente; en lugar de suponer que sus disposiciones carecen de defecto y son muy justas, siéndonos de esta manera más útil nuestra obediencia? *Credas salutare quidquid præceperit.* (S. Hier. ep. IV).

¿No hemos deseado saber por qué y á qué fin se nos hacen tales ó cuales mandatos; y no hemos demandado esas razones muchas veces antes de resolvernos á obedecer?

3. No hemos razonado mucho, y áun puede ser que formado mil dificultades sobre los medios que se nos suministran para ejecutar lo que se nos manda?

Si se nos señalan algunos de estos medios, en lugar de abrazarlos simplemente ¿no los hemos reprobado en nuestro interior, proponiéndonos tomar otros distintos?

Cuando son difíciles los señalados, ¿nos hemos inquietado y embarazado para buscarlos en lugar de mantenernos en paz y de confiar en Dios, que no falta jamás en la necesidad?

En fin, ¿hemos creído nosotros con san Agustin que la obediencia para ser agradable á Dios debe ser sin dilacion, sin contestacion, sin razonamientos? *Non placet Deo morosa et disceptatrix obedientia, que cum præcipitur, querit cur, quare, quamobrem præcipiatur.* (S. Aug. ser. 40 *A frater. erem.*; Petr. Bles. ep. CXXXI).

TERCER PUNTO.

Dios mio, que nos enseñais por vuestros Santos que los que razonan sobre la obediencia no la tienen sino con mucha imperfeccion; hoy por tanto resolvemos obedecer ciegamente en lo sucesivo, de no mirar sino á Vos en nuestros superiores y de obedecerles como á Vos mismo. *Sicut Domino et ne hominibus.* (Eph. VI, 7).

DE LA POBREZA.

PRIMER EXÁMEN.

De nuestros sentimientos y disposiciones en orden á la pobreza.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, que teniendo derecho por su origen á todos los bienes del mundo, y siendo de ellos Señor legítimo, aparece entre nosotros como el más pobre de los hombres. El nace en un establo privado de todo; vive sobre la tierra en una indigencia de todo, y muere sobre una cruz despojado enteramente de todo. ¡Oh cuán evidentemente esta conducta manifiesta la estima y el amor que tenia El por la pobreza, y cuáles eran sus sentimientos y sus disposiciones respecto de